

Algo más de veinte años

La historia de la literatura se escribe a mitad de camino entre las filias y las fobias de sus protagonistas. Así, por ejemplo, el imaginario popular tiene más noticia de las inquinas personales entre Quevedo y Góngora que de sus obras respectivas; o ha dedicado más tiempo a conocer al detalle las diatribas estafalarias (exabruptos incluidos) de Camilo José Cela con periodistas y enemigos que a desentrañar los embrujos de *Oficio de tinieblas* (Un crítico definió el libro como una melopea literaria) Es decir, la literatura, como la vida misma, se escribe por oposiciones tanto como por devociones (si es que ambas cosas no son en realidad es el mismo asunto) Probablemente si se escribiera la historia de *Zurgai* desde el punto de vista de los enemigos no diferiría demasiado de la versión que se hiciera desde el punto de vista de los amigos y acompañantes. Apenas unos leves matices, obviamente desinteresados.

Todos los mundos pequeños tienen leyes demasiado particulares que a menudo apenas dibujan una levisima frontera entre una posición y otra. La poesía es un mundo pequeño, pequeñísimo de protagonistas que encierra una historia muy grande de sensaciones, frustraciones y ambiciones y deseos. Un grupo de poesía está necesariamente condenado al fracaso. Y eso ocurrió con *Poetas por su pueblo*, eso sí después de diez o quince años de andadura. Quizá demasiados para un colectivo distinto, amplio, desigual y vocacional por naturaleza. En el nombre llevaba escrita su propia defunción: había que definir si aquello era un colectivo de poetas y después encontrar el pueblo del poeta, dos tareas arduo complicadas y demasiado modestas. El poeta ha mirado siempre al mundo porque el pueblo se le quedaba muy pequeño. Así que aquel colectivo que nació en el inicio de la transición, al socaire de la poesía mural, anónima y generosa (la calidad no era entonces tan importante) se quedó pronto sin objetivos. En aquella pared de El Corte Inglés donde colgaba sus *dazibaos* poéticos ya no habitan marginados y vendedores ambulantes, si acaso algún vestigio último de los carteristas de pro que ya marcaron el comienzo de aquellos poetas birlándoles la cartera de sus primeros ahorros (asunto que nunca se ha sabido si tuvo más que ver con la habilidad del *levantacarteras* o el proverbial despiste y desapego correspondiente al vil metal de sus componentes)

Lo cierto es que aquel grupo más ingenuo que pretencioso construyó su historia de la forma más humana posible: consiguió pronto sus enemigos y dio a luz un hijo con prontitud (lo disipado de la época favorecía la fecundación cultural) En pleno afán colectivista, un nuevo grupo siempre distorsiona el mapa establecido y los grupos existentes entienden que el intruso puede afectar a su bolsillo de subsistencia; un miembro más a la mesa del reparto subvencional, y sobre todo, un aspirante más a la notoriedad, asunto éste que las glorias locales de cualquier pueblo llevan siempre con extrema dificultad Sin embargo se da el caso curioso de que fenecido aquel grupo (dicho está, por falta de poetas y de pueblo) todo el mundo estuvo en él (nada nuevo, una simple versión reducida del *mayo francés*) Necrófilos destacados, avisados bibliófilos, poetas sin libros y tertulianos de pro, cuentan ahora que estuvieron en *Poetas por su pueblo* en algún momento de su vida, cuando en realidad estuvieron en la otra parte, si es que se puede partir en dos la nada. Fuimos muchos pero no tantos y pocos buenos en la abundancia aunque entre todos alumbramos (eran tiempos de ensalzamiento de la comuna) una revista que aún perdura, bien es verdad que por el afán de un hombre sólo (Pablo González de Langarika) y la decisión de un político sólo (Tomas Uribebeberria, exdiputado de Cultura de la Diputación Foral de Bizkaia) que creyeron en un proyecto más interesante que necesario, más bueno que bello, más fuerte que sólido.

algo más de veinte



Fuimos muchos y fuimos más de los que parecía. Fuimos maqueta-
dores desinteresados (Evelio y Roberto Albandoz, Francisco Herrero) di-
bujantes y fotógrafos voluntarios (I. Cruceta, E. Albandoz, J. San Feli-
ces, Poti Eguidazu, D. Tamayo, C. Isasi, José M^a Muñoz, A. Ibarrola, J.
M^a Lazkano, I. Ríos Amondarain, Á. Ballester, R. Ortiz Alfau, Mikel
Alonso... y un larguísimo etc.) librerías y kioskeros enrollados (*Tango*,
Cámara, *Herriak*, *Verdes*, etc) hasta entidades financieras. Porque una
revista de entonces se hacía con el dinero de la otra.

Poetas por su pueblo fue un proyecto y Zurgai su realidad. Lo pri-
mero fue la traducción de la histórica necesidad de los jóvenes por ha-
cer algo más. No bastaban aquellas tertulias o reuniones de la Sociedad
Poética Literaria Aralar, donde se compartían poemas y escauceos (dos
asuntos que siempre han ido ligados el uno al otro) Había que trascen-
der, es decir publicar, se leído, ser oído, golpear la conciencia de la ge-
nte, que decía entonces José Ramón Blázquez (para nosotros, durante al-
gún tiempo “el inclito”)

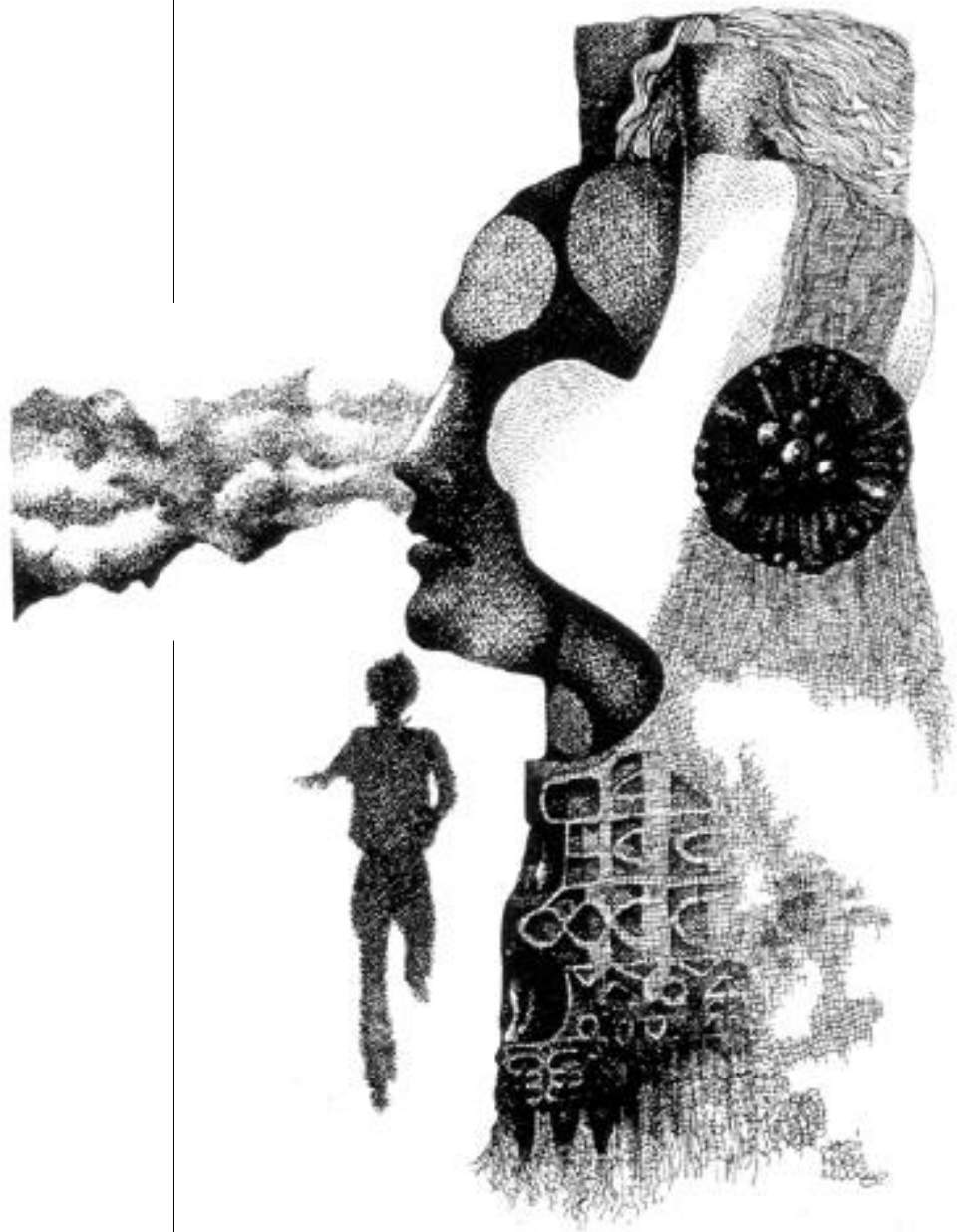
Pero nunca se perdió el espíritu de la tertulia. En el fondo la reu-
nión alimentaba al grupo y la edición lo justificaba. Pero pasado el tiem-
po, la publicación, la edición, fueron el tormento y la reunión (y los es-
carceos) la felicidad. Años de recitales en actos sindicales, en pubs, en
teatros para niños (cuando Rafael Martínez escribió en unas horas su
obra maestra convenientemente plagiada, por falta de tiempo, de
La caja de Pandora), en actos políticos con la policía en el portal y no
precisamente como escolta.

Aquello resultaba tan divertido como inútil, una suerte menor de su-
realismo cotidiano, trascendentalizado por el hecho puro y duro de ser
los poetas por su pueblo. También hubo asuntos mayores, como una se-
mana de poesía en el aula de cultura de la BBK en Bilbao que permitie-
ron disfrutar de la inconmesurable presencia de José Agustín Goytisolo,
en sus múltiples estados y facetas que lo hacían siempre nuevo, distinto
y sin embargo reconocible. O de Raúl Guerra Garrido, hoy exiliado
(quien lo iba a decir en aquellos tiempos), o de tantos otros.

En verdad, Zurgai gozó siempre del favor de los amigos y el fervor
de los enemigos. Aún no sé por qué se dignaron a colaborar en aquel
fanzine originario, gentes como Francisco Umbral, Gloria Fuertes, An-
tonio Buero Vallejo, Leopoldo de Luis, José A. Goytisolo, Carmen
Conde, Antonio Gala, Carlos Álvarez, Sabina de la Cruz, Caballero Bo-
nald, Garcíasol, Quiñones o tantos otros que ni siquiera requirieron del
proverbial don de la perseverancia de Pablo González de Langarika. En
el fondo, los poetas son más generosos que los bancos: el dinero se
presta, el verso se regala. Y ellos lo regalaron sin dudarle un instante,
propiciando el viento necesario para que el barquichuelo pudiera co-
menzar a navegar. El fervor de los enemigos hizo el resto. Poetas oficia-
les de la villa y corte hicieron lo posible -que era muy poco- por buscar
temporales y tormentas. Algunos muy prolíficos por cierto, aún no en-
tenden como no han publicado en aquella revista que denostaron;
otros, muy gerontocráticos, han sido más hábiles y se presentan ahora
como ex miembros de un grupo al que no pertenecieron y que realmen-
te aborrecieron. Otros, famosos y acreditados, se empeñaron en negar
la evidencia y polemizaron sin ton ni son sobre los deslices racistas de
sus versos.

En fin que Zurgai no sólo abrió la ventana de los versos ocultos si-
no que, como se aprecia, también proporcionó material suficiente para
la polémica y el cotilleo, dos asuntos de máxima actualidad y que han si-
do ley constante en el mundo de las artes y las letras.

En el camino, no obstante, se perdieron algunas voces: la profunda
y sensible de Roberto Albandoz quedó rota para siempre en el monte
Oiz. Otras únicamente se alejaron y hoy sabemos poco de aquellos pio-



algo más de veinte

neros: el manchego José Luis Morales, la secreta Toty de Naverán, Karnele Larrabe (ahora por tierras valencianas), Enrique Páez (al fin escritor de libros juveniles) Pioneros de una idea que extrañamente ha permanecido por encima de ausencias y presencias. Más allá de la abundancia de malos poetas y la presencia más escasa de los buenos, la idea ha permanecido aunque ahora la sostenga un hombre sólo al calor de aquellos tiempos de fervores y abundancia.

A veces he llegado a pensar que Zurgai no terminará nunca porque no depende de nadie, ni siquiera de quien o quienes la realizan. El grupo era más dependiente y por eso terminó. Será algo así como un objeto de culto, quizá necesario, quizá inservible (eso dependerá de cada uno, no de ella) que seguirá siendo un éxito cada vez que se acerque a Blas de Otero y un misterio cuando indague en otras estancias más recónditas. En cualquier caso seguirá siendo un punto de referencia, mientras Pablo aguante y la “ayudantía” resista.